



RESOLUCIONES SOBRE LA CUESTIÓN NACIONAL

**Ponencia Política de Purna, A Chovenalla Revolucionaria y Independentista.
25 de Febrero de 2012**

www.purna-aragon.org

Índice

Portada	1
Índice	2
Introducción.....	3
I. Un acercamiento general a la idea de identidad, de Nación y de sus implicaciones en la lucha revolucionaria.....	4
II. La cuestión de la nacionalidad en el Estado Español.....	6
III. La cuestión nacional en Aragón y algunos aportes sobre la idea de identidad	10

Introducción

Este documento contiene una primera aseveración teórica relativa a la problemática de la cuestión nacional. Se trata de una base política sobre la que se pretende construir a lo largo del tiempo un discurso acerca de esta temática, por ello no es sensato esperar de su lectura la obtención de conceptos claros y acabados. En definitiva, se pretende abrir el debate tanto dentro de la organización juvenil Purna como en el resto de la Cucha Independentista aragonesa.

Como documento base se presupone la aparición futura de nuevas ponencias o textos que traten esta materia ya sea como documento de la propia organización (o de las demás) o como respuesta subjetiva e individual a lo aquí expuesto. No tiene esta ponencia, en consecuencia, una profundidad teórica verdaderamente relevante pero sirve para introducir una problemática latente que ha de ser solventada y que constituye la piedra angular del discurso político independentista.

Por no crear un documento especialmente farragoso y de mucha extensión se ha decidido reducir su contenido a su mínima expresión. Así, ya no hay un hilo argumentativo claro, no hay una redacción textual en el sentido común de este tipo de documentos sino que se ha decidido enunciar la amalgama de ideas y conceptos que sobrevuelan nuestro discurso. Cada punto es una idea diferenciada de las demás aunque su orden sigue un principio de consecuencialidad por el que se podría decir que el último punto es la consecución lógica de lo expuesto en el primero. Más allá del orden mismo del texto entendemos que esta división facilita su lectura y su crítica, se ha eliminado una redacción literaria por la que el documento habría tomado la extensión propia de un ensayo o una obra de extensión media. Ni que decir tiene que el objetivo es unificar todas las ideas aquí expuestas hilando argumentativamente cada una de ellas para defender cada tesis en su contextualización temática. Tal y como está ahora no es más que un *totum revolutum* donde diversas ideas se entremezclan sin un objetivo u orden claro.

Del mismo modo, con objeto de reducir su extensión, se han eliminado gran cantidad de argumentos que permiten defender estas tesis, por ello pudiera parecer que muchas de estas resoluciones son puramente formales, enunciativas, que se toman como axiomáticas pero que no tienen una argumentación relevante. Es cierto, pero la tarea de la argumentación, entendemos, prosigue una metodología separada a la de la mera enunciación. Mientras soltar estas ideas tal y como lo hemos hecho es especialmente fácil, el construir una argumentación sólida de las mismas precisa de un proceso anterior de debate, de contraposición de ideas y de crítica por parte de nuestros «enemigos» políticos. Sólo conociendo la crítica de nuestros opositores y abriendo un debate en nuestro propio movimiento podremos definir para consolidar la estructura argumentativa del discurso sobre la cuestión nacional.

I. Un acercamiento general a la idea de identidad, de Nación y de sus implicaciones en la lucha revolucionaria

Nota previa: El primer fundamento de todo materialismo es que no existen¹ las ideas y que, por tanto, lo único que hay es la totalidad de hechos materiales empíricos que tomados en sí mismos, uno por uno, carecen de todo sentido o realidad y que tan sólo podemos unificar a través de la conceptualización.

1. La Cultura, vista desde una perspectiva materialista, es el concepto unificador que comprende al conjunto de manifestaciones, realidades o comportamientos que en el ser humano no pertenecen al ámbito estricto de su composición biológica. Es algo en constante movimiento, que se ve modificada continuamente y que aparece de formas diversas tanto temporal como espacial y socialmente.

Las determinaciones diferenciales determinan la identidad de cada grupo humano: en lo temporal fundan las épocas históricas; en lo espacial a los pueblos-nación o identidades culturales; y en lo social a los grupos o clases sociales.

2. La Nación ya no puede ser tomada en su virtud tradicional de Estado-Nación pues lo que funda la nacionalidad es la identidad y ésta no está necesariamente relacionada con la estructura administrativa. La identidad cultural (la Cultura en su diferenciación espacial) preexiste al Estado aunque se vea modificada por éste y existe tan sólo en el seno del conjunto de sujetos, es decir, del pueblo.

Todo pueblo con identidad cultural conformará irremediamente una Nación cuya territorialidad quedará definida por el espacio que ocupe dicha identidad.

3. Los parámetros que determinan una identidad cultural constituyente en nacionalidad no son cerrados sino que responden a una hermenéutica. En cualquier caso no pueden ser pensados como elementos aleatorios sino como consecuencia de procesos históricos determinados y, como tales, estando sometidos a las leyes que rigen la historia².

La conciencia que un pueblo puede tener de sí mismo no está, en consecuencia con lo anterior, determinado por si es o no una nación sino por el discurso dominante (fruto de un proceso histórico) que determina el pensamiento de su ciudadanía. Las líneas históricas que determinan la conciencia de los pueblos son muchas y muy variadas pero siguen una constante, esto es, están sometidas a la lucha de clases.

4. Toda identidad, como todo pueblo, se fundamenta en la guerra y la barbarie. Es decir, la génesis de todos los pueblos es un origen injusto fruto de luchas, dominación y negación de otros pueblos e identidades.

La lucha de clases es la que motiva, en último término, las guerras entre los pueblos que se encuentran en la base de la modificación espacial de la identidad cultural.

No hay una expresión única y acabada de la identidad que puede definir a la nación. La cultura de un pueblo no puede aparecer como única y avalada por una

¹ Nótese que se dice «existen» lo que no significa que no sean reales y no nos condicionen.

² Estas leyes también son conceptos interpretados a partir de la realidad material.

diferencia sino que se constituye en sus relaciones con su circunstancia en sentido general. Esa cultura objetiva nace fruto de innumerables determinaciones y préstamos expresándose en cada lugar de una forma. La nación es ese expresarse en un lugar determinado, el poner nombre a un hecho constituido que vendrá a definirse mediante la voluntad de sus gentes, en un proyecto de futuro que tan sólo es válido si se lleva a cabo fuera de la alienación propiciada por los discursos mitificadores de los poderes económicos.

5. Dado que la única forma de frenar la lucha de clases y, en consecuencia, lograr una paz perpetua para el ser humano es logrando las metas universalistas de la clase obrera se hace necesario luchar por ese cambio por el camino de la Revolución.

La Revolución es un hecho o modificación plenamente cultural que transforma radicalmente todos los estamentos o estructuras orgánicas en las que está basada la Cultura humana. Es decir, la Revolución no es un cambio puramente económico, ni siquiera político, sino que abarca la totalidad de hechos culturales. De acuerdo a esto último estaríamos en posición de hablar de la necesidad de una Revolución Total.

6. Como los cauces y objetivos de la Revolución Total no han sido abordados por ahora con suficiente ahínco no se puede basar la praxis revolucionaria en un proyecto teórico aún por consolidar. Sin embargo se puede sacar en claro que la Revolución no es únicamente económica sino que incluye muchas otras líneas constituyentes de los sujetos y que se encuentran también en la base de toda dominación.

Una de estas líneas de dominación, anexa a la económica pero diferenciada de la misma, es la referente a la nacionalidad.

7. La lucha por la liberación nacional es un frente que la Revolución necesariamente debe abordar. La opresión nacional ocurre, desde la perspectiva obrera contemporánea, como fruto de los intereses económicos de la clase dominante de una nación sobre otro pueblo diferente.

Toda opresión nacional es, en consecuencia, una forma de imperialismo que debe ser necesariamente subsanado y, por tanto, la Revolución no puede caer en el error de no tomar en consideración las aspiraciones nacionales de los pueblos.

8. La forma de abordar la cuestión nacional por la Revolución no puede ser jurídica o teórica sino fáctica, esto es, dándose efectivamente el derecho nacional de los pueblos a ser libres.

Puesto que la autoconciencia como nación de los pueblos está marcada por la dominación de un discurso u otro la Revolución tiene la obligación de suplantar el discurso imperialista, generalmente alienador de la propia conciencia nacional, por uno donde se reconozca la nacionalidad de cada pueblo.

Dar continuidad al discurso imperialista, esto es, negar la realidad nacional de los pueblos o dejar de lado el desarrollo de un discurso autoconsciente, es una actividad contrarrevolucionaria. La conciencia nacional no surge espontáneamente sino que tiene que ser creada como un método de destrucción de la conciencia imperialista alienada.

9. La soberanía es a la nación, como lo es al sujeto humano, el bien más preciado que posee y, de acuerdo con ello, se hace impensable que un pueblo pueda cederla voluntariamente.

Al pueblo se le puede arrebatar la soberanía de dos formas: una por la fuerza y el poder de las armas; y otra negando discursivamente su propia autoconciencia. Un pueblo consciente de su nacionalidad no puede ceder su soberanía y someterse a un gobierno que le es extranjero, sólo aceptará la relación con el resto de naciones si ésta se da efectivamente en igualdad de condiciones.

10. Aunque se suele pensar que la mejor forma para solucionar el problema nacional es la del federalismo esto no es correcto, al menos en la significación tradicional de lo que conlleva esta organización política.

El derecho soberano del pueblo en el federalismo canónico del pensamiento socialista es el derecho jurídico que tienen los pueblos a su propia autodeterminación. Mientras tanto, es decir, mientras se encuentre bajo un estado federal común, deberá ceder su soberanía en una decisión que se presupone libre pero que en consonancia con lo expuesto en la tesis anterior resulta imposible.

11. La Independencia es la mejor solución al problema nacional, en ella se llega a la plena autoconciencia de los pueblos y se consigue una igualdad de condiciones fáctica entre todos los pueblos del mundo.

La coordinación entre pueblos independientes, en el socialismo, no se da mediante un gobierno común a todos ellos sino mediante la toma de decisiones consensuada y aprobada en un parlamento cuya única representación es territorial y en el que todas las naciones tienen el mismo peso político.

La otra cara de la Independencia es que es un arma, es decir, el independentismo es la forma más eficaz que tiene la clase obrera para destruir los estados capitalistas actuales, rompiendo sus marcos de dominación y dando la oportunidad, una vez sean estos destruidos, de comenzar a construir una sociedad y un sistema nuevo donde las estructuras administrativas se adecúen a la legítima identidad nacional de los pueblos.

12. La cuestión nacional no puede suponer para los revolucionarios un lastre sino una forma de avanzar en los propósitos transformadores. No se puede pensar toda reivindicación nacional como una cuestión burguesa pues la identidad cultural pertenece mayoritariamente al pueblo. Así, el problema de lo nacional es más una cuestión neutra –el hecho de que existan divergencias de identidad- que un discurso de dominación. Si lo referente a la nacionalidad ha sido tratado tradicionalmente por la burguesía es por la dejadez de la clase obrera que no ha sabido hacer suyas las reivindicaciones en el ámbito de la identidad.

II. La cuestión de la nacionalidad en el Estado Español

13. No se puede hablar de una nacionalidad española puesto que las líneas culturales que han venido a determinarla han sido el resultado de la creación de un discurso justificatorio. España, tomada como la original etimología de un accidente geográfico, fue en primer término el discurso que justificó la «reconquista» de la península a los/as árabes. Más tarde con la unión de coronas la idea de España sirvió como justificación discursiva del imperialismo colonialista. Con la decadencia del poderío internacional de la administración imperial la idea se encontraba lo suficientemente asentada como para que el discurso español sirviera de pretexto al poder para continuar con una dinámica de mantenimiento a toda cosa del ya constituido Estado Español.

Todo ese discurso español proviene, al fin y al cabo, del interés de clase; en primer término de la alta nobleza feudal interesada en los beneficios del imperialismo, y en segundo lugar de la oligarquía terrateniente cuyo poder económico se sostenía mediante la unidad española. No es descabellado, pues, decir que **España es ideología**, feudal en la antigüedad, burguesa en la actualidad.

14. En un nivel puramente cultural no se puede hablar de una identidad original de España pues lo único que existía (y existe) son las diferentes manifestaciones culturales de los distintos pueblos que conforman la península ibérica. No existe nada que pueda ser propio y específico de la españolidad, de ahí que la obsesión histórica del patriotismo español haya sido la imposición de elementos comunes tales como la lengua.

15. Dado que la conciencia de identidad nacional generalmente se suele crear a partir de símbolos con los que el pueblo se siente identificado, España desarrolló a lo largo de la historia toda una estrategia simbólica que convocaría un simulacro de autoconciencia nacional por parte de los diferentes pueblos. El primero de estos símbolos fue el patriotismo imperialista, la idea de las Españas como superpotencia mundial, pero en la época en la que este símbolo fue creado aún no existía una verdadera conciencia cultural por lo que el mito de la españolidad natural datado de esa época ha devenido hasta nuestros tiempos³. Otro de los símbolos utilizados por el españolismo fue la Guerra de la Independencia, un conflicto en el que la heredada idea de España se encontraba asentada con más o menos firmeza pero que vino a confirmarse a consecuencia del olvido «de lo interior» (conflictos tan determinantes como la Guerra de Sucesión que fueron obviados por la máquina ideológica españolista) por estar demasiado ocupados en luchar contra el enemigo «exterior», a partir de entonces se crearía toda una mitología sobre la defensa patriótica de la españolidad frente la persona extranjera y que convertiría al discurso españolista casi en una forma de teología.

En la actualidad el marcado carácter nacionalista de la dictadura franquista ha hecho caer al discurso patriótico español en un cierto descrédito social. Sin embargo la idea se encuentra asentada y sigue determinando la conciencia de los pueblos, alienándolos en una identidad falsa. Además continúa la creación de símbolos tales como la selección española de fútbol (el deporte en general), objeto que podría parecer trivial pero que es una forma especialmente importante de continuar el simulacro de conciencia de unidad⁴.

16. La expansión y asentamiento de la idea de España ha tenido a lo largo de la historia la contrapartida de la aculturación que ha supuesto la muerte o la casi desaparición de rasgos culturales propios de los pueblos originales. Esto ha conllevado una situación casi agónica a la identidad de algunos pueblos peninsulares que no sólo han perdido su propia autoconciencia sino que también ven disminuidos tanto cuantitativa como cualitativamente sus rasgos definitorios.

³ Se entiende que transmutado, la «esencia divina» de la unidad de España es hoy la llamada «unidad natural» de los pueblos peninsulares.

⁴ La estrategia de los deportes por parte del españolismo pretende despertar la irracionalidad de manos de las emociones. Esta es una estrategia conocida, así como no hay mejor forma de unificar el interior que dirigiendo su vista hacia un enemigo exterior lo que se hace con los deportes es trasladar ese conflicto a un campo de juego donde es más fácil crear, mediante algo lúdico y bélico a la vez, la sentimentalidad de la unidad.

17. La razón última que explica tanto la fatal aculturación como la creencia en la existencia de una nación española es la lucha de clases. El interés de los dominantes por mantener a toda costa la unidad de España sólo se entiende si ésta les revierte algún tipo de beneficio. No se trata, sin embargo, de que sea la lucha revolucionaria la que haya destruido la identidad de los pueblos sino que dado el ansia natural de expansión de la clase dominante por expandir y perpetuar su poder se ha dado la negación de la propiedad intrínseca de los pueblos, esto es, su identidad y cultura. De ahí que sea legítimo englobar la negación de la nacionalidad, en virtud de una acción destructiva que se ejerce de arriba hacia abajo, como una acción más propia de la lucha de clases.

Así, no han dudado en desencadenar procesos que llevarían a la casi total disolución de identidades culturales homogeneizadas por una idea de unidad profundamente económica.

18. España es, pues, esencialmente capitalismo. Pese a que nunca se haya situado como una potencia industrial a nivel internacional, sus orígenes confluyen con la aparición del capitalismo mercantil.

La administración que surgiría de la unión entre coronas tendría como objetivo único velar militarmente por la seguridad de esa nueva forma económica que, finalmente, desencadenaría el capitalismo industrial por medio de la acumulación originaria.

19. La supuesta nacionalidad española, el simulacro de conciencia nacional, es un virus que se encuentra en todos los estamentos poblacionales. Es la interiorización del sentimiento de una idea que ha sido construida con un interés de clase. La nacionalidad española impregna a todos los sujetos de los países más colonizados, a todas las organizaciones políticas. No es posible que alguien escape al discurso de su nacionalismo y aunque no comulgue conscientemente con el mismo, éste le constituye en su subjetividad.

Así, tanto el anarquismo pretendidamente cosmopolita como las formas supuestamente estratégicas de determinados comunistas son en realidad una aceptación, a causa de una interiorización parcial, del ideal de España.

20. El discurso españolista ha avanzado desde sus formas teologales por las que España era «un regalo de Dios» hasta la actual naturalización de su identidad. La argumentación mítica más frecuente es aludir a una supuesta «unidad natural» constituyente de la identidad de todos los habitantes peninsulares. Esa supuesta naturaleza española es una falacia que tristemente afecta a muchos movimientos políticos aparentemente alternativos.

Nombrar como natural es atribuir una esencia preexistente que nos determina y contra la que no podemos luchar. La supuesta españolidad natural viene dada desde una perspectiva de sentido común, esto es, no es argumentada pero es tomada como evidente, como un axioma que por su claridad no precisa de ser demostrado. Se trata a todas luces de un artefacto mitológico que juega con una evidencia vana, la de conjugar una realidad geográfica como base para la aceptación de una unidad irremediable. Sin embargo, paradójicamente se considera que Portugal no forma parte de esta unidad «natural» puesto que de hacerlo los que creen este mito caerían en un imperialismo (reconocido) que no siempre están dispuestos a aceptar. Así se evidencia que la pretendida unidad natural es en realidad una concepción ideológica que alude a los rasgos culturales que han ido imponiéndose como comunes a lo largo de la historia.

La idea, pues, de la «unidad natural» de los pueblos peninsulares (contando incluso con la inclusión imperialista de Portugal) es un argumento imposible de demostrar. Cada vez que se intentan enumerar los rasgos que posibilitan esta tendencia a la unidad se caen en formas mitológicas acerca de una unidad histórica (desde los pueblos íberos a los reyes y reinas visigodos). Todo este proceso histórico que parece confluir en una unidad necesaria es una mentira pues cada época ha tenido en su seno la irremediable diferencialidad cultural y la existencia de pueblos independientes. No se puede pretender, según esta idea, aprobar como argumentación de la unidad nacional «natural» la existencia de entes administrativos pasados (como lo es hoy el Estado Español) que nacen y mueren siempre bajo una estrategia imperialista.

21. Fácticamente se puede hablar de un rasgo común que identifica a lo español y ésta es la lengua castellana. Pero desde una perspectiva moral no es preciso moverse en el campo de la facticidad, máxime cuando ésta ha sido impuesta a sangre y fuego por los intereses económicos de la clase dominante. Es preciso constatar de dónde surge ese rasgo común que es el «idioma español» y que no tiene otro origen que el de la pura aculturación.

Entendiendo que la aculturación es un proceso injusto, estamos en posición de decir que ese rasgo común no es legítimo y que, por tanto, no debe ser tenido en cuenta a la hora de nombrar la posible identidad española. Así obtenemos que no existe ningún otro rasgo de españolidad que sirva para argumentar una supuesta identidad nacional.

22. El proceso de aculturación ha seguido caminos diferentes en los diferentes pueblos peninsulares.

Aunque de todos ellos el discurso español ha obtenido algún símbolo o realidad que imponer como forma de identidad común es de destacar el caso de Castilla y Andalucía. Ambas naciones han sido culturalmente expoliadas para dar origen a una «cultura española». En el caso de Castilla esto se ha hecho evidente con el idioma que no sólo se ha impuesto al resto de la península sino que además fue un elemento de opresión a los pueblos indígenas de Suramérica. A Castilla le han robado el idioma, el castellano ha dejado de ser tal y ahora es considerado por el poder como «español», de tal suerte que la identificación del pueblo castellano con la españolidad ha sido de una gran magnitud. En el caso de Andalucía destaca por la producción de símbolos tales como la cultura flamenca y lo sevillano que ha supuesto una forma de proyección de la españolidad hacia el extranjero pero que nada tiene que ver con la cultura originaria del resto de pueblos peninsulares⁵.

En el resto de pueblos, pudiera parecer que a excepción del murciano y del extremeño, el proceso de aculturación ha seguido unas pautas similares. No obstante en unos casos la colonización ha sido más efectiva que en otros, probablemente por motivos geográficos, demográficos, de potencial económico y de desarrollo industrial. Así, dentro de los países que habrían de sufrir la aculturación por sustitución están aquellos que han conseguido mantener su autoconciencia nacional y con ella los rasgos de su identidad, y aquellos completamente sometidos a la conciencia de la españolidad. El caso de Cataluña y País Vasco es especialmente significativo, donde la burguesía cumpliría un papel fundamental de creación de la autoconciencia. El resto siguen subyugados a la línea discursiva de la oligarquía española, habiendo perdido en mayor o menor medida los más clarificantes rasgos de su identidad.

⁵ Según se ha señalado Andalucía ha sufrido también la negación de su cultura anterior en la identidad propia de la denominada «cultura andalusí».

Otro caso excepcional es el de Galicia en la que la colonización cultural ha podido ser más o menos frenada gracias a un movimiento culturalista pero cuya autoconciencia nacional aún no ha podido verse lo suficientemente desarrollada.

23. En conclusión, España no puede ser tomada en cuenta más que como un intento de deglutir a todos los pueblos en una amalgama inconexa para justificar unos intereses económicos. Así, dado que los sujetos se encuentran constituidos y que si no se plantean las implicaciones reales de la cuestión de la identidad acaban por enmarcarse inconscientemente dentro del discurso españolista, todo aceptar una idea de España ya sea como estrategia o como escepticismo ante otros discursos indica, inevitablemente, que se está cayendo en las redes del nacionalismo español, esto es, que se aceptan los postulados de una falsa nacionalidad justificación de pretensiones de clase.

No resulta, pues, una equivocación el entender que España es una cárcel de pueblos.

III. La cuestión nacional en Aragón y algunos aportes sobre la idea de identidad

24. Desde una perspectiva hermenéutica Aragón es una nación. Pero su nacionalidad no se debe a su origen como reino o a su actualidad como autonomía, al contrario, hay una realidad trascendental e histórica que interpretada deviene en la inequívoca noción del pueblo aragonés.

La identidad aragonesa es tanto todo lo que es, es decir, la totalidad de rasgos culturales que posee su población, como aquellos factores diferenciales que le caracterizan en la comparación con otros pueblos.

25. Dada la aculturación sufrida, no puede argumentarse la diferencialidad cultural desde una perspectiva fáctica sino histórica, que comprenda lo que en el pasado fue y hoy a duras penas pervive como forma de identidad que aún no se ha perdido y puede recuperarse.

En su facticidad Aragón sigue manteniendo su identidad pero, sin embargo, su potencialidad está tan mermada y reducida espacialmente (y discursivamente) que sólo sirve como base para la creación de una hermenéutica histórica.

26. La acepción más característica y potente de la identidad aragonesa es su lengua, el aragonés, que conforma la base estética de su diferencialidad, su rasgo más característico. Recuperar la lengua, hablarla y desarrollarla haciéndola visible es, al mismo tiempo, conformar la identidad aragonesa que fue suplantada por la aculturación.

También existen otros rasgos diferenciales que se pueden agrupar en: folclore, simbología, determinación histórica, formas fragmentarias de autoconsciencia y espacialidad territorial ocupada. Esta última, la de la espacialidad, es la imagen, el mapa territorial, que evoca la forma y propicia la aparición de un marco en el que emerge la aprehensión simbólica de la unidad nacional. Sin embargo, esta captación estética de la territorialidad es una forma de vivencia especialmente moderna y no da cuenta de los elementos sustanciales de la identidad aragonesa.

27. La sustancia básica de la identidad cultural es la intrahistoria. Todos los fenómenos culturales posteriores emergen de esta base, que engloba la totalidad espacialmente sectorial de hechos culturales. La literatura, la ideología o cualquier otro dispositivo cultural que pretenda conceptualizar la unidad se basa en una interpretación de los rasgos de esta intrahistoria.

28. La interpretación histórica es el mejor método de conceptualizar la unidad de la identidad cultural aragonesa. La idea de unidad surge de la interpretación racional (o sentimental) de unos determinados rasgos culturales. Ciertamente hay interpretaciones de la intrahistoria que son más legítimas que otras, atendiendo a los intereses de clase históricos y a la consecuencialidad de lo dado. No obstante, ocurre generalmente un segundo estadio, la apreciación de la identidad no de cada rasgo que conforma la unidad sino la diferencialidad misma de la idea de unificación. Para dotar de identidad a lo conceptualizado como uno se hace de una forma relacional, en comparativa y en oposición con lo otro, con el uno o el varios de afuera. Es, pues, la relación lo que dota de identidad a la unidad racional y no tanto la trascendencia cualitativa de los elementos de la intrahistoria.

29. La nacionalidad aragonesa es un constructo cultural y, por tanto, una artificialidad. Pero eso no le resta ningún valor ya que se encuentra en el mismo rango de existencia en el que lo están las clases sociales o los géneros. La razón principal por la que la lucha por la identidad aragonesa es más justa que el mantener la supuestamente española es porque una, la aragonesa, es una identidad oprimida en retroceso y otra, la «española» es una identidad que niega a las demás y que está dirigida por la clase dominante. Históricamente la identidad aragonesa surge en un periodo (Baja Edad Media) en el que no existe una real conciencia de identidad, y la «española» aparece cuando se crean los primeros Estados-Nación que tienen, a su vez, una necesidad irremediable de generar un discurso de unidad para afirmar su potencialidad imperial. Así, la diferencia básica entre ambas identidades, las dos artificiales, es que la aragonesa es espontánea en tanto que nace y se expande sin que sus sujetos se den cuenta de su existencia y, por tanto, sin desarrollar un discurso sobre la misma; y la española nace como una actividad discursiva dirigida por los intereses de clase.

30. El nacionalismo ha servido a muchas identidades oprimidas para que puedan recuperar una potencia discursiva propia reactivando la conciencia nacional en sus pueblos. En este hecho ha tenido especialmente relevancia la burguesía y aún a día de hoy lo sigue haciendo. Aragón no supo, o no pudo, subirse a este tren que pasó por la historia y nunca desarrolló un nacionalismo fuerte. Con ello, no es tarea hoy de construirlo pues el tiempo de los nacionalismos pasó y Aragón se libró de la contrapartida de un discurso racista al mismo tiempo que perdía la oportunidad de recuperar tanto su identidad como su autoconciencia nacional. El medio de recuperación de la autoconciencia de la identidad es hoy el independentismo revolucionario, ya no cabe otra forma de argumentación nacional, sólo la lucha de los y las trabajadoras para conseguir con su liberación como pueblo un sistema económico y cultural realmente justo.

31. La perspectiva de la «recuperación» de la identidad aragonesa no debe basarse en la pretensión de alcanzar una esencia primigenia pasada. No existe esa originalidad tal y como pretende el nacionalismo y es, al mismo tiempo, la estrategia simbólica del discurso españolista. Lo que verdaderamente determina la identidad

aragonesa es la relación de nuestro pueblo con el ente opresor, esa relación de sometimiento y reivindicación constante que nos conforma como fuerza en rebeldía. España es el espejo en el que Aragón ha de verse reflejado, tiene los defectos que nosotros y nosotras debemos abolir en nuestra construcción. Así, tomamos como consecuencia de lo dicho que la identidad no es una vuelta a nada sino un proyecto de autoconstrucción constante, la capacidad perpetua de autoredefinirse e inventarse de nuevo a cada instante.

32. En relación con lo anterior el regionalismo, mal que nos pese, es la acepción de una identidad reivindicativa que pugna, de manera sutil, contra el ente coercitivo. Otra cosa es que sirva a los intereses del españolismo pero es innegable que se trata de una de esas formas fragmentarias de autoconciencia que anteriormente señalábamos. Encierra en su seno el germen de una idea original, es consciente de la injusticia histórica y aunque no lo entienda, aun inconscientemente intenta solventarlo de la única manera que conoce, a saber: pidiendo mejoras a Madrid, reprochando a Cataluña por su pillaje o manifestándose contra el expolio de los recursos hídricos. Sean cuales fueren las manifestaciones de ese aragonesismo se trata de un estadio precario de conciencia nacional que es, en el fondo, nuestra identidad actual pues la vasta mayoría de los aragoneses o bien son autonomistas o bien regionalistas.

33. Aunque podamos pensar que eso, lo dicho anteriormente, es lo que es Aragón nosotras no nos quedamos con ello, somos conscientes de que si somos eso es fruto de una circunstancia histórica, de cuatrocientos años de ocupación cultural. No nos resignamos porque la misma identificación de los aragoneses en tanto que aragoneses es el residuo y a la vez el simiente de una misma identidad no trascendental, que se proyecta de cara al futuro y que se constituye como una fuerza en eterna discordancia y oposición con el ente colonial (Entendiendo siempre que el ente colonial en nuestro estado no es una metrópoli con ubicación espacial sino que, por decirlo de algún modo, España es un opresor abstracto codificado en los intereses opresivos de la clase dominante y en la alienación del trabajador/a. Y aunque, como decimos, sea España nuestro enemigo no por ello nos dedicamos a odiarla. España forma parte de nuestra historia nacional, nos ha constituido para bien o para mal durante cinco siglos, tiempo suficiente para perder la supuesta «pureza» que pudiera tener la cultura aragonesa. Lo que somos lo somos ahora y sólo nos queda construirnos hacia el futuro pues España no ha de ser un elemento a odiar sino simplemente a superar, una fase que aún hoy nos constituye pero que es un lastre para nuestro avance social.

La identidad no tiene como condición de existencia la conciencia de aquellos a los que dota de significado (la identidad es significado), existe aunque pase desapercibida y ni por asomo es una identidad pura, inmutable, cuasi divina como muchos nacionalistas clásicos han intentado hacernos ver. Todo lo contrario, es cambiante y varía en función de por quién se afirma: En el origen como oposición al árabe y actualmente, aún vagamente, como oposición a España (en su representación españolista). Es necesario incidir en que lo que en buena medida constituye nuestra identidad, esto es, lo que en buena medida nos define, son los quinientos años de historia conjunta con los otros pueblos peninsulares dentro de España, lo que no significa que seamos españolas/es, quizá sí, si entendemos como español todo aquello que ha ocurrido bajo esa época de sometimiento colonial pero aceptar esto no nos tiene por qué acomplejar en nuestro empeño, más aún, nos tiene que reforzar en nuestra convicción de que, haciendo un balance de todo este tiempo, ha llegado el momento de

desligarnos de la entidad abstracta, independizarnos, soltar amarras y siendo libres coordinarnos en un pacto de iguales con nuestros pueblos hermanos.

34. Así, la nacionalidad, tomada como la autoconciencia de identidad de un pueblo sobre sí mismo, es la acepción colectiva de la subjetividad.

35. No se trata de preguntar qué es lo que nos diferencia fácticamente de nuestros vecinos y vecinas, hacer eso es tan sólo recorrer una pequeña porción del análisis debido. Bien cierto es que toda interpretación ha de surgir de nuestro ser presente pero es a partir de ahí donde se construye el diálogo con nuestra identidad, preguntando no sólo qué somos sino por qué lo somos, es decir, echando la vista al pasado para comprender qué hechos históricos han determinado nuestra identidad actualizada, y sólo de esa vista al pasado podrá surgir el discurso irremediable de qué es lo que queremos o debemos ser en el futuro porque a nadie deja impasible la historia, máxime si como entendemos ha sido la sucesión infinita de hechos injustos. En fin, no se trata de decidir nuestro futuro político como nación en base a lo que factualmente somos pues es sabido que en este mundo es tan sólo una delgada línea lo que diferencia a unos pueblos de otros, esa es la mirada que a los dominadores les interesa y la que nosotras en nuestra rebeldía aspiramos a romper.

36. Del mismo modo no se puede reducir toda la identidad de un sujeto nacional a la lengua hablada, de ser así todas las lenguas compondrían por sí mismas una nación, algo que es un absurdo lógico en la comparativa cultural que, por ejemplo, puede observarse entre Argentina y Castilla. La lengua es un elemento importante en la constitución de la identidad, uno de los rasgos más relevantes, pero no el único. Sea, pues, que todos los elementos que explícita o implícitamente hemos ido citando en este documento son los que tomados en su conjunto pueden definir la identidad nacional de los pueblos.